

Para coger las mieses,
Mandé que no lloviese, como vistes,
Y el agua cayó de arte,
Que á vuestras mieses no les cupo parte.

Los ríos desmayaron,
Secáronse las fuentes,
La gente se caía, de sedienta.
Dos pueblos se juntaron
Por buscar las corrientes,
De quien acaso alguno les da cuenta.
Mas aun el agua lenta
En viéndolos huía;
Y así, no se hartaban,
Aunque lo procuraban;
Mas esto no venció vuestra porfía,
Ni quisistes volveros
A mí, que me dolía solo en veros.

Pasó mas el castigo,
Porque os envié langosta,
Y vuestros huertos todos se añublaron;
Y al gusano enemigo
Mantuve en vuestra costa,
Cuyos dientes las viñas os talaron;
Tampoco perdonaron
Al olivo aceitoso,
Ni á la biguera verde,
Que el dulce fruto pierde;
Mas no os bastó un castigo tan furioso.
Ni quisiste volveros
A mí, que me dolía solo el veros.

Salió la muerte airada,
Y camino de Egipto
Degolló vuestros mozos mas valientes;
La juventud prostrada
Quedó en aquel conffito,
Para mayor espanto de las gentes.
Los caballos dolientes
Y tristes van cautivos,
Y el hedor de los muertos
Llega de los desiertos
A dar en las narices de los vivos;
Mas no basta volveros
A mí, que me dolía solo el veros.

No contento con eso,
Por sola vuestra emienda
Derroqué vuestras casas por el suelo,
Y de Sodoma el peso
Os cargué, porque entienda
Vuestra maldad la tierra y todo el cielo.
Quedastes deste duelo
Como tizon quemados.
Cielos, seime testigos
Que, tras tantos castigos,
Los hijos de Israel me han olvidado:
Ni se han vuelto, con ellos,
A mí, que me dolía solo el vellos.

Yo haré, Israel,
Estas cosas contigo,
Y á lo menos, despues de ya pasadas,
Seime siquiera fiel
Y tenme por amigo,
Y disponte á seguir tras mis pisadas.
Quien crió las peladas
Montañas, y el que cria
Este viento que vuela,

Y al hombre le revela
Su querer, y la noche vuelve en día,
Tiene, porque te asombre,
Señor de los ejércitos por nombre.

De lo que el Señor dice en este capítulo del santo Profeta, se colige evidentemente cuánta verdad sea lo que íbamos tratando del deseo que tiene de estar con nosotros, y que los castigos que envía, las amenazas, y todo lo que á nosotros nos parece aspereza y desamor, no es otra cosa sino un llamar á la puerta y estar arriado á ella, aguardando que le abramos. Al otro lo levanta los ojos al cielo para que vea las grandes obras de Dios, y de allí se mueva á recogerse y á ver que ha ofendido á Dios. A unos amenaza, á otros halaga; á estos pide celos, á aquellos se muestra enojado. Pues ¿qué otra cosa es tan vario modo de atraer, sino estar mirando Dios tras la puerta para atalayar si vos descubris en vos algun portillo por donde él pueda entrar á vivir con vos? Si no tuviéramos palabra de Dios firmada con el sello del su Espíritu en la sagrada Escritura, que nos dijera que es el gusto que Dios toma con el hombre y con su trato, no lo dijera yo. Después de criado el hombre, que fué lo último con que Dios alzó de obra, dice la Escritura: *Requievit Dominus ab universo opere, quod pararat*; esto es, cuando Dios en el primero dia hizo la luz no quedaba del todo contento; y así, al segundo dia hizo el cielo estrellado; y puesto que le dió contento su belleza, como tambien se le habia dado la luz, aun le faltaba algo para su regalo; por eso al tercero dia descubrió la tierra y poblóla de yerbas y plantas y de árboles de fruta; parecióle bien á Dios, pero aun quedaba lo mejor. Llega el cuarto dia, y cria esas dos lumbreras del cielo: el sol, que es fuente de luz, alegría del mundo, espejo purísimo y resplandeciente, ojo del cielo; y la luna, caudillo y princesa de las estrellas; para que el uno alumbrase el día, y la otra presidiese de noche á las obras de los mortales. ¿Quién pensara que habia mas que desear ni que quisiera Dios pasar mas adelante, viendo aquella hermosura que tanto lleva tras sí los ojos? Pues, aunque le pareció muy rebien á Dios, dice que no lo ha por eso; y al quinto dia hinche esos senos del mar inmenso de diversidad de pescados que jueguen á su placer en las espaciosas aguas; y los ríos y estanques, fuentes, manda que se pueblen de peces; cosa que, aunque la belleza del sol y luna y estrellas es mucha, al fin no viven ni sienten ni tienen actos vitales, como los peces, y por eso son mas nobles. Manda tambien que en ese mismo dia del agua se produzgan las aves, para que con libre vuelo, rompiendo el delicado viento con las vagas alas, jueguen en el abierto cielo, y que con las doradas plumas, pintadas de mil colores, retocadas con los rayos del sol, hagan millares de vislumbres, pareciendo mas hermosas de lo que son en su ser natural. Ni aun aquí cansó la poderosa y liberal mano del gran Padre del cielo; y así, por no dejar la tierra mas pobre y despojada de lo que habia hecho al aire, manda que al sexto dia salgan en nuevo ser todas las especies de animales

de que tan llenos vemos hoy los campos y los montes y toda la tierra, con tanta variedad de propiedades y condiciones, que lo mas que dellas sabemos es lo menos que ellas tienen. ¿Hay mas que desear, gran Dios? ¿Falta aun algo para vuestro contento? ¿Queda cosa que sea de nuestro gusto que no esté ya hecha? Bien estáis en la cuenta; aun falta lo mejor y no ha llegado á su punto el descanso mio, dice Dios. Y para que mejor se entienda, nota lo que Abdalá, sarraceno, dijo: preguntado cual era la cosa de mayor admiracion que en esta mundana farsa se hallaba, respondió que el hombre. Lo mismo dijo Hermes Trismegisto, hablando con su hijo Aselepio: *Magnum, oh Aselepi, miraculum est homo!* ¡Por cierto, oh Aselepio, gran milagro es el hombre! No es la razon las alabanzas que del hombre se dicen, que es lengua de todas las criaturas, pariente de los ángeles, intérprete de naturaleza, medio entre la eternidad y el tiempo, y como dicen los persas, lazo del mundo, poco menor que los del cielo; grandes cosas son estas, pero no tales, que con derecho se alcen con el nombre de admirables, pues los ángeles les hacen mil ventajas. La razon principal es: habia el soberano Maestro compuesto esta mundana casa á la traza de su sabiduría; habia hermoestado de espíritus la sobrecelestial region, las esferas de estrellas y planetas, todo este mundo inferior le habia poblado de animales; faltaba quien conociese la grandeza del Hacedor y la ilustre obra; por esto, acabando ya todo lo demás, comenzó á tratar de producir al hombre. Pero ¿cómo será eso, que en los archivos divinos no hay de donde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con qué heredalle, ni en las sillas del mundo no hay lugar adonde este contemplador del universo se asiente? Pero decidme, sabio moro: ¿cómo decis que en los archivos divinos no hay donde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con qué heredalle, ni en las sillas del mundo no hay alguna vacía donde se asiente? Bien digo, responde Abdalá, porque el hijo ha de ser intelectual ó no. Si ha de serlo, ya en el cielo los hay, y la region suprema está llena de espíritus intelectuales; si no ha de tener entendimiento, ha de ser bruto; ya la tierra está llena dellos; y mas, que si de sus tesoros se le ha de dar gloria, ya la tienen los ángeles; si tierra, ya la poseen los brutos. Y esto es lo que dice la Escritura: *Igitur perfecti sunt coeli, et terra, et omnis ornatus eorum; sed homo non erat, qui operaretur terram*; Acabó (dice Moisen) el Señor de dar perfeccion á los cielos, hinchéndolos de ángeles, á la tierra poblándola de animales, crió todo lo que para el ornato y hermosura del cielo y tierra era menester; pero no habia criado al hombre, que pudiese trabajar y labrar el paraíso. Mas no era cosa decente que Dios no pudiese tener otro nuevo hijo, siendo de poder infinito, ni le estaba bien á su gran sabiduría ni á su paterno amor. Determinó pues el supremo Artífice que aquel á quien no se le podia dar alguna cosa nueva, le fuese comun todo lo que á los demás animales les era propio. Toma pues al hombre, que aun no tenia propia imágen, y puesto en medio, hablóle

así: Ni te damos cierto asiento ni propio rostro ni don particular; porque la silla que conforme á tu albedrío y el rostro y los dones que tú te desearas y quisieres escoger, esos tengas; todas las demás criaturas tienen limitadas leyes y naturalezas; á tí ningunas te estrechan. Por tu albedrío, en cuya mano te he puesto, has de hacerte ley; púsete en medio del mundo para que de allí mirases mejor lo que hay en él; ni te hicimos celestial ni eterno, mortal ni inmortal; tú has de ser como árbitro y nuevo entallador de ti mismo; podrás degenerar en las cosas inferiores que son los brutos, y podrás transformarte en las superiores y divinas, segun te pareciere. ¡Oh suma liberalidad del Padre celestial! Oh admirable felicidad del hombre, á quien fué dado tener lo que desea, ser lo que quisiere! Los brutos desde su nacimiento sacan consigo lo que han de ser; los ángeles en siendo criados se hallaron perfectos, y en eso no se gastó tiempo; mas en el hombre sembró Dios todo linaje de semillas de virtud, y conforme á lo que cada uno labrare, aquello cogerá; si regalos del cuerpo, harás planta, que solo se aumenta y crece; si las cosas sensuales, será bruto; si las racionales, saldrá animal celestial; si las cosas intelectuales amare, será ángel; y si con ninguna destas suertes se contenta, si se volviere á su centro y se uniere con él, harás un espíritu, y endiosarse ha; porque quien se allega á Dios hácese un espíritu con Dios. Hé aquí al hombre criado, y compuesto el mundo. En acabando Dios de criar al hombre, dice la sagrada Escritura: *Et requievit Deus die septimo ab universo opere quod pararat*; Descansó Dios de las obras que habia hecho; esto es, no habia descansado en la creacion de todas las cosas hasta que formó al hombre. Entonces dijo: «Agora si estoy contento, que he hecho casa para mí; ya tengo donde reposar, en el hombre estará mi descanso de aquí adelante.» Diréisme que no es tan literal ese lugar, y que querriades que os diese alguno que os convenciese, pues es cosa en que tanto os va, y de que recibiréis mucho gusto y aun mucha confianza si os lo persuadiésemos. Pues mirá: Dios quiso tanto al hombre, que primero le aderezó casa acá en la tierra, y despues le tomó posada allá en el cielo, como á gran señor; que cierto está que Dios no la habia menester para sí. En el capítulo 8.º de los *Proverbios* pinta la Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, la creacion de todas las cosas; que por pintalla David galanamente, la pondré aquí en verso, explicando el salmo; porque el capítulo 8.º de los *Proverbios* de su hijo, y este salmo del padre, dicen una misma cosa.

SALMO CIII.

Las obras contemplando
De aquella mano, dina
Del gran Padre y artífice divino,
Mi alma va faltando,
Porque á luz tan vecina
No ve seguro paso ni hay camino;
Mas á ciegas y á tino
Canta, alma, alguna cosa,
Y alaba como quiera

La gloria verdadera
Del que en la inaccesible lumbre posa;
Pues mostró en lo criado
Que grandemente se ha magnificado.

Cubierto de hermosura,
Cercado de alabanza,
De claro resplandor estás vestido.
Y en la mayor altura,
Do humano ser no alcanza,
Los cielos como piel has extendido;
Y porque el encendido
Planeta acá enviase
Su fuerza, con que al mundo
Le da ser tan fecundo,
Porque á la superior parte no pase,
Un cristalino cielo
Pusiste encima de aguas hechas hielo.

Cual nube en el oriente,
Bañada del tesoro
De Febo, con mil luces hermozas;
Así en resplandeciente
Nube bordada de oro
Subes, do el cielo mides y rodeas;
Y á veces te paseas
En las plumas del viento.
Los pajes de tu casa,
Como fuego que abrasa,
Ligeros mas que humano pensamiento,
Que del mas alto cielo
En un punto por tí bajan al suelo.

Sobre fuertes columnas
La tierra has asentado,
Que en sí misma está firme, eterna, estable.
A do jamás algunas
Fuerzas de brazo airado
La mudarán; que el centro no es mudable.
¿Qué lengua habrá que hable
Cómo el inmenso abismo
Con sus aguas la viste?
A quien tú le dijiste:
Vos encerrá mil montes en vos mismo,
Y de ondas coronados,
Sepulta el mar mil cerros empinados.

A la voz poderosa
Que diste antiguamente,
Cuando todo de nada lo criaste,
Huyó la mar, medrosa,
Y encogió la corriente,
A do en sus anchos senos la encerraste,
Y sus ondas turbaste
Con un horrendo trueno.
¡Oh traza soberana,
Pues en la tierra llana,
El valle de menuda yerba lleno,
Fundaste, y de allí subes
Los montes que compiten con las nubes!

¡Oh fuerza, oh poderío,
Oh valor verdadero
De tu brazo, que el bravo mar enfrena;
Y quebrantas su brio,
No en montañas de acero,
Sino en una menuda y floja arena!
Y cuando brama y suena,
Porque con cruda guerra
Los vientos forcejando,

Y en las aguas luchando,
Con ellas piensan anegar la tierra;
Aquellas ondas bravas,
Auh sin cubrir la arena las desbravas.

Tú por secretas minas
Y venas de la tierra,
En los valles amenos rompes fuentes;
Los rios encaminas
Por entre sierra y sierra,
Y entre montes das paso á sus corrientes.
En sus aguas lucientes
Bebe el leon; y el oso,
El gamo, el ciervo juegan;
Cuando á las fuentes llegan,
En medio del estio caluroso;
Y mientras su vez viene,
Al salvaje asno su gran sed detiene,

Sobre las altas breñas
Diste á las aves nido,
Do sin recelo libres anidasen;
Y en medio de las peñas,
Con canto no aprendido,
Con sus harpadas lenguas te alabasen,
Y que cuando callasen,
Por el oscuro velo
De la noche serena,
Sola la filomena,
Por dulce garganta en triste duelo,
Despida sus querellas,
Moviendo á compasion á las estrellas.

Y de la rueda helada
Que tira el eje frio
Del nocturno planeta, va asentado;
De yerba aljofarada
Con el fresco rocío
Las cumbres de los montes has pintado;
Con paso apresurado
Bajan de allá las fuentes,
Porque le quepa parte
A la tierra y se harte,
Y pueda producir á los vivientes
Brutos el heno y yerba,
Cuyo ser para el hombre se conserva.

Que el bruto la trabaja,
Y la cerviz cerdosa
Del buey la rompa; adonde el pan se esconde.
Y después con ventaja
Rinde el fruto gozosa,
Y al labrador á veinte le responde.
Riegas las viñas, donde
Nace el licor que alegra
El corazon humano,
Y quita con su mano
La vil melancolia oscura y negra.
Y el aceite le diste,
Que torna alegre el rostro del mas triste.

Porque nada faltase,
Le diste el pan al hombre,
Que el corazon confirma desmayado;
Ni aun un árbol quedase
Ni cedro que se nombre,
Que no sea de tu mano sustentado.
Hacen el nido amado
Las aves en las ramas
De los bosques sombríos;

Mas en los poderosos
Arboles las cigüeñas encaramas,
Do en su nido presiden
A las aves que mas abajo anidan.

Al ciervo temeroso
Le diste su vivienda
Sobre los altos montes, do se esconde;
Y al erizo espinoso,
Para que se defienda,
La piedra (que es tu Cristo, á quien responde).
La blanca luna, donde
Del tiempo la mudanza
Conocemos, se viste
De luz, porque quisiste
Que ella y el sol guardasen alianza,
Saliendo á tiempo cierto,
Y poniéndose el sol por su concierto.

Y cuando el encendido
Planeta al occidente
Fenece la jornada, le sucede
La noche, do adormido
El misero doliente,
Afloja su cuidado en cuanto puede.
No habiendo quien lo vede,
Los ligeros venados,
Sin miedo de los perros,
Dejan los altos cerros
A do entre día estaban embosecados;
Y juegan sin recelo,
Corriendo por el prado y verde suelo.

El leoncillo hambriento
Se sale de la cueva,
A cuya voz los otros animales,
Mas ligeros que el viento,
Buscan guarida nueva,
Porque son en la fuerza desiguales.
A Dios piden los tales
Con la voz temerosa
Y con la cerviz alta
La presa que les falta,
Forzados de la hambre congajosa.
Que á cuanto tú hiciste
De sustento bastante proveiste.

Mas cuando el rubio Apolo
Los rayos de oro muestra,
Huyen, y se retiran á sus cuevas;
No queda ni uno solo;
El tigre y onza diestra
Se encovan á pensar en cazas nuevas;
Levántase á sus pruebas
El hombre, y deja el lecho,
Y sale á su ejercicio,
Hasta que, del oficio
Cansado, ve que el sol camina derecho,
Y llega al occidente
A dar luz á la ya hallada gente.

¡Qué grandes son tus obras,
Señor de lo criado!
Altas, perfetas, sabias, acabadas.
Por tales hechos cobras
Un nombre, que loado
Serás en mil edades prolongadas.
En tu saber fundadas
Todas las cosas haces;
Y la tierra poblaste

De lo que tú criaste,
Porque en tus criaturas te complaces.
Y tú te sirves dellas
Desde el infimo centro á las estrellas.

Tú diste al mar furioso
Sus aguas espaciosas,
Y senos que le sirven como manos;
Allí el pece escamoso
Rompe las espumosas
Ondas, con los lacivos juegos vanos.
No pueden los humanos
Contar la diferencia
De peces que allí viven,
Porque solo se escriben
En tu eterna memoria y alta ciencia.
Y en esas ondas tales
Navegan con sus naves los mortales.

El mar para su juego
Le diste, por mostrarte
A aquel fiero dragon que al mundo espanta,
Que con sus cejas ciego,
Las grandes aguas parte;
Mas no le vale ser de fuerza tanta,
Que el lazo á la garganta,
Como con avecilla
Juegas con la ballena;
Y de tu mano llena
Espera cada cual su partecilla,
Que á su tiempo repartes
A todo lo criado iguales partes.

Tú, como la gallina,
Que á sus tiernos hijuelos
El granillo señala con el pico,
Con tu mano divina
Desde los altos cielos
Repartes su manjar al grande y chico.
De bienes queda rico
El mundo si la mano
Abres; pero si escondes
El rostro, y no respondes
Al gemido del hombre ciego y vano,
Se turba y desvanece;
Que adonde tú no estás, todo perece.

Está de tí colgado
El ser, sustento y vida,
Pues que de tí y por tí y en tí vivimos;
Mas si tú el aire amado
Nos quitas, es perdida
La vida, y en el polvo nos pudrimos.
Mas luego revivimos
Si tu Espiritu envías,
Que la muerte destierra;
Y el rostro de la tierra
Renuevas con el sol y claros días,
Que al fin esos tus ojos,
Del corazon destierran los enojos.

Dure, Señor, tu gloria
Por siglos prolongados,
Y alégrate, gran Dios, en tu hechura,
Y en eterna memoria
tus hechos celebrados
Sean de toda humana criatura.
Cuando Dios de la altura
Mira, tiembla la tierra;
Y los altos collados,

Siendo por él tocados,
Humean, que su fuerza los atierra;
Y como cera al fuego,
Si tú los miras, se derriten luego.

Cantarte he, Señor mío,
Mientras no desampara
El alma este terreno y mortal velo;
Y cuando el cuerpo frío
Diere á la muerte avara
Su tributo y quedare envuelto en hielo,
Ora en la tierra, ¡oh cielo!
O en la región desierta
De luz y de alegría,
Ora en la jerarquía
Me pongas mas subida, á do la cierta
Gloria se goza con el verte,
Que allí te alabaré con vida ó muerte.

Séale mi alabanza
Suave á sus oídos,
Y en su fuego amoroso arda mi pecho;
Que en mi no habrá mudanza,
Y con alma y sentidos
Me deleitaré en Dios; y allí deshecho,
Con un nuevo provecho
Me gozaré contento.
Mueran los pecadores
Si no han de ser mejores,
Y acaben como humo al recio viento.
Y vos, ánima mía,
Benedicid al Señor la noche y día.

De manera que David nos ha pintado en este salmo la creación del mundo por galan artificio, y lo mismo cuenta su hijo Salomon en el capítulo 8.º, el cual introduce á la Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, que habla de cuando todas las cosas se hicieron, y dice: Yo estaba con mi Padre componiéndolo todo. Tenía cada día mis juegos y recreaciones diversas en ver las obras tan perfectas que mi Padre hacia; pero entre ellas hizo una tan de mi gusto y tan acabada, que me dió mas contento que las demás: esta fué el hombre. En este puse todo mi regalo y deleite; este fué siempre mi jardín de recreación. Y así, ama tanto Dios á este hombre, que por gozar de su amor, en convidándole se le entra por las puertas y se le sienta á la mesa. Y si queréis ver qué tan gustoso manjar es para Dios el hombre, y qué fué lo que en este banquete le supo mejor, oid.

§. IV.

Et ecce mulier quae erat in civitate peccatrix. Atención, pecadores, que entra el manjar: «Mirad que viene una mujer.» Pues ¿para eso tanta atención? Creo que la pide el sagrado evangelista para confusión de muchos hombres que, aunque se ven en graves pecados, aunque sienten mil aldabadas y llamamientos de Dios, nada basta para volverlos al verdadero camino de su remedio. Esta mujer pecadora era, pero con celo, y acude á la fuerte á limpiar sus culpas. Pero veamos, santo evangelista, y esta mujer ¿no tiene nombre? Si tendría, que María se llamaba. Pues ¿por qué no la

nombra? Bien os acordáis de lo que atrás se dijo, que el amor hace unos y transforma al amante con el amado; esto es, que por afición y amor parece que en alguna manera sale de sí y se pasa en lo que ama; porque allí tiene sus pensamientos, sus deseos, su descanso, su deleite, y todo lo que quiere y entiende. Por esto decimos «que el amante muere en sí y vive en su amado», porque todos estos son efectos de vida; pues, como lo que da vida y ser á alguna cosa lo llamamos forma de tal cosa (como al hombre llamamos racional porque le da la vida y ser el alma racional, y al caballo le llamamos animal sensitivo porque le vivifica un alma sensitiva), así también al amante le damos nombre de lo que ama; y por esto á los que aman á Dios los llama la Escritura dioses. Pues, como el pecador ama al pecado, ha de tomar el nombre suyo; luego si la Madalena ama los vicios y torpezas y pecados, llámese pecadora, y diga el Evangelista: *Mulier in civitate peccatrix*; Una mujer habia en la ciudad gran pecadora. Pasemos mas adelante. ¿Por qué no tiene nombre? Dicho habemos que Dios es vida del alma, como también el alma lo es del cuerpo; y así como en apartándose el alma decimos que muere ó es muerto el hombre, así en ausencia de Dios decimos que es muerta el alma, y mientras Dios está con ella decimos que tiene vida. El estar y vivir es por amor; que así lo dice san Juan: «En esto, hermanos, conocemos que habemos pasado de muerte á vida, en que amamos.» Amor y pecado son contrarios y no pueden estar juntos, que así dicen los teólogos, que la caridad y amor alanzan y destierran el pecado. Tampoco vida y muerte; luego en pecando el hombre se va Dios de su alma, y con él la vida, y por el mismo caso queda muerto el pecador. Así lo dice el mismo apóstol: «El que no ama está en muerte.» Luego si la Madalena era pecadora, bien se infiere que estaba muerta. El muerto no tiene nombre: *Non est priorum memoria*, dice el Predicador, *sed nec eorum quidem, quae postea futura sunt, erit recordatio apud eos, qui futuri sunt in novissimo*; no hay ya memoria de los que murieron hoy há cien años. Si no, preguntá cómo se llamaron los que murieron en la conquista de Granada ó en la de Cánas por mano de los africanos, ó decidme cómo tuvieron nombre los vecinos de Numancia. Pues tampoco la habrá de los que hoy vivimos de aquí á cien años. Pues si los muertos no tienen nombres, conforme á lo de los *Proverbios*: *Nomen impiorum putrescet*; que el nombre de los pecadores se pudrirá; siendo la Madalena pecadora, estaba muerta; y si muerta, luego sin nombre, pues no la nombra el Evangelista. Extraño es el odio que Dios tiene al pecado; y si esto considerásemos, no hay infierno que tanto nos espantase como el pecado. Es tan grave cosa, que dice san Anselmo en el *Libro de las semejanzas*, que si fuese posible, antes querría ir á padecer todas las penas del infierno sin pecado que ir al paraíso con él. Pero ¿qué mucho, pues al santo Moisés le dió tanto dolor, fuéle tan horrible, que decía á Dios: «Señor, una de dos habeis de hacer: ó borradme

del libro de vuestros privados, ó perdonad este pecado á vuestro pueblo?» Que parece que mas queria que Dios le echase en las penas del infierno que ver un pecado sin perdón. ¿Parais mientes qué mal tan grande es el pecado? San Pablo jura en su conciencia, por Jesucristo vivo y por el Espíritu Santo, que deseaba ser maldito y apartado de Cristo sin culpa porque los judíos no pecasen: *Veritatem dico vobis in Christo Jesu, non mentior, testimonium mihi perhibente conscientia mea in Spiritu Sancto: quoniam tristitia mihi magna est, et continuus dolor. Optabam ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis. Ego ipse*, dice; «yo, que lo he visto; yo, que he visto la divina Esencia; yo, que subí al cielo, deseaba lo que os he dicho.» De esta manera estiman el pecado los que conocen y tienen ojos para saberlo mirar. ¿Ofensa de Dios? ¿Injuria de Dios infinita? ¿Que sola ella, y no otra cosa, nos aparta de Dios y nos hace sus enemigos? *Nihil odisti eorum, quae fecisti*, dice el Sabio; Sois tan bueno, Señor, que no aborreceis cosa de cuantas hicistes. Y con ser así, que el lugar del infierno y los fuegos infernales, donde están los demonios y los malos, quiere Dios, bien concluye luego: *Odio est Deo impius, et impietas ejus*; A mí, si estoy en pecado, me aborrece y huye de mí. Así dice Isaías: «Vuestras maldades han hecho divorcio entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados hicieron que escondiese de vosotros su rostro.» Aun los gentiles conocieron esta verdad, que tenia Dios gran odio al pecado. Así lo dijo un amonita á Holoférnes: *Deus enim illorum odit iniquitatem*. Sabed, Señor, antes que á los hebreos les movais guerra, si acaso su Dios está mal con ellos, si le han ofendido, si le sirven bien; porque si han pecado, tendréis cierta la vitoria, que sin duda estará su Dios mal con ellos, porque aborrece en extremo la maldad; pero si no le han ofendido, imposible será conquistarlos. Y para que mejor se pondere lo que es pecado, es de saber que las cosas espirituales exceden mucho á las corporales en sus operaciones, porque obran mas poderosamente y mas prestamente. Si miramos las naturales, verémos que si las quiere alguno violentar, rompen en efectos espantosos. ¿Quién habrá que pudiese tener en la región del aire los Alpes? ¿Qué apoyos, qué fuerzas bastarian? Romperíanlo todo por volver á su centro, y con su inmenso peso desharian todas las máquinas que el seso humano podría inventar. Vemos que por ser la naturaleza del fuego de subir á su esfera, si acaso le encierran, como lo hacen para minar los muros y fortalezas, lo vuela todo, y levanta las torres por el aire, por sola la inclinación natural de tirar á su centro. Pues la fuerza de un espíritu es tanta, que puede tomar monte y tenelle sobre las nubes, luego menos posible será que haya cosa criada que á un ángel, ni á un alma la detenga de tirar á Dios. Esto es tanta verdad, que si le cargase Dios con su poder todo el mundo junto, con todo ello daría al través, y tiraría á su centro, que es Dios. Pues de aquí se conoce el inmenso peso del pecado, y que pesa mas que el mundo entero; pues cargado sobre un alma, la

detiene de suerte, que la derrueca hasta el infierno; lo que no pudieran hacer todos los elementos juntos. Poco digo: un ángel, por ser de mas noble naturaleza que el alma, puede mucho mas, y con todo eso, un pecado le derriba del cielo. Aun no lo dicho: solo un pecado se cargaron todos los espíritus que cayeron, entre los cuales habia de todos los coros, y aquel supremo y tan hermoso y aventajado serafín; y con ser casi innumerables, fué tanto el peso de solo aquel pecado, que los despeñó mas desapoderados y furiosos que un rayo. Así dijo el Señor: «Yo vi á Satanás que caía del cielo como rayo arbatado.» Aun quedo corto: una vez que el Hijo de Dios se cargó á cuestras, no las culpas, que esas no las pudo tomar, sino las penas de los pecados, le hizo sudar gotas de sangre el peso de ellas, y arrodillar con la carga y reventar con ella, hasta morir en una cruz. Porque, ¿qué otro mató al Hijo de Dios sino el peso de nuestros pecados? *Propter scelus populi mei percussit eum*, dice el Señor; Por las maldades de mi pueblo he herido yo un solo hijo que tenia. Y san Pedro, hablando de esta materia, dice: «Cristo tomó nuestros pecados sobre sus hombros, y murió con ellos en una cruz.» Desto se queja el mismo Señor por Isaías, hablando con su pueblo: *Servire me fecisti in peccatis tuis, praebuisti mihi laborem in iniquitatibus tuis*; Hicistesme servir en vuestros pecados como si yo fuera un esclavo, y con llevar vuestras maldades me hicistes causar. Y como si le preguntaran: «Decidme, Señor; y siendo vos el descanso de los ángeles, ¿quién os podía cansar?» Siendo vos á quien todas las criaturas sirven, de quien tiembla la tierra y á cuya voz se encogen los cielos, y siendo la misma libertad, ¿quién os pudo hacer servir ni sudar? ¿Cuándo llegó vuestro cansancio á tal término, que la carga os hiciese gemir? Responde luego: *Ego sum, ego sum ipse, qui deleo iniquitates tuas propter me*; Yo soy el que tomé tus pecados, y por descargarlos á tí me cargué á mí, y en esos, y en pagar por ellos, me cansé tanto. Agora creo que está bien ponderado lo que es pecado. Pues si tan odioso le es á Dios, ¿qué mucho que no quiera que el pecador tenga nombre en su Evangelio? Mirad: aunque acá en el mundo tengais mas títulos que una provision real, y parezcáis milagroso y santo, si tras eso hay pecado, no teneis nombre con Dios. No os conoce el que os crió, el que os redimió con su sangre, y tanto aborrece al pecador, que antes se niega á sí que conocelle; pues con saber todas las cosas, y cuántos cabellos teneis en la cabeza, con todo eso, dice que á vos pecador no os conoce. ¡Grande encarecimiento del odio del pecado, pues así desconoce Dios al malo, que niega saber de él ni jamás haberle conocido, que es negarse á sí! A las vírgines locas les dice: «En verdad que no os conozco ni sé cómo os llamais.» Sabe cuántas estrellas tiene el cielo, y las llama por sus nombres: *Qui numerat multitudinem stellarum: et omnibus eis nomina vocat*, dice David; y tras eso no conoce al pecador miserable. Conoce á los santos: *Honorabile nomen eorum coram illo*; Honrado nombre tienen los buenos para con Dios,

dice David. Gran consuelo es este por cierto para el corazón del humilde y del pobrecillo, que, aunque el mundo no le conozca, ni los reyes de la tierra tengan memoria de él, el alto y poderoso Dios le conoce, sabe su nombre, le tiene escrito en los cielos! Cuando los discípulos volvieron de la predicación, adonde los había enviado el Señor, dijéronle con mucho regocijo: «Señor, venimos los mas alegres del mundo, de ver que aun hasta los demonios se nos rinden en vuestro nombre.» Respondióles Cristo: «No hagais mucho caudal de eso, ni pongais en cosa de tan poco cimiento vuestra alegría. ¿Sabeis de qué os habeis de regocijar? De que vuestros nombres están escritos en el cielo. ¡Qué ufano y engreído anda el cortesano y el otro privado que el Rey le mandó poner en el memorial, para mejorarlo en la consulta, en la encomienda, ó en el oficio ó en el obispado! Y ¡qué desesperado cuando sabe que no está allí escrito! Y estarlo ó dejarlo de estar es todo sueño y aire; pero tener nombre en la casa de Dios, como el pobrecillo Lázaro, llagado y hambriento, que en muriendo, luego son los ángeles con él y le llevan en hombros al eterno descanso, esto sí que es gloria y bienaventuranza. Al otro desdichado ricazo, regalón, hartó y enjoyado, no le sabe el nombre en el Evangelio; y así, en muriendo es sepultado en el infierno, para mostrarnos el infeliz y desdichado estado en que está el pecador, que primero arderá su desventurada alma en el fuego eterno del infierno que su cuerpo se enfrie en la tierra. Pues por esto no la nombra, porque el pecador no tiene nombre. Pero creo que también el santo evangelista guarda este punto de crianza, aprendido en la escuela de Cristo, que cuando cuenta el ruin estado de alguno, no quiere nombrarlo; pero si nos dice su enmienda, dice también su nombre. Así lo hace el mismo san Lucas, que cuando habla de que san Mateo era cambiador ó trampeador ó portazguero, le llama Leví, nombre suyo, pero poco conocido; mas cuando en el capítulo 6.º le cuenta apóstol, llámale Mateo, que era su comun nombre, porque ya seguía á Dios y era estado honroso el que tenia. No se olvidó aquí de su propia crianza; porque, aunque el pecado desta mujer era público, no la nombra, porque va contando su mal estado; mas en el capítulo 8.º, cuando cuenta las santas mujeres que seguían á Cristo, la nombra entre ellas. Esto hace por enseñarnos los puntos de cortesanía de la casa de Cristo, que son los que debemos guardar con las famas de nuestros prójimos. ¿Por qué, siendo los pecados de esta mujer tan públicos, calla su nombre el Evangelista? ¿Cuánta mayor razón tenemos de encubrir los nombres de los pecadores secretos? Grande fué el pecado de Júdas; mas antes permitió Cristo ser vendido, antes ser entregado en manos de sus enemigos, que no que se descubriese su nombre, aunque fué rogado; y estando ya el demonio investido en él, con todo eso, por no descubrirlo, le dió su santísimo cuerpo. ¡Ah, Señor, y cuán pocos discípulos teneis hoy! Hallaré yo muchos que den cuerpo y sangre al diablo, y tendrán

por bien que Satanás se les revista en el cuerpo, á trueque de hallar algun pecado que descubrir en su prójimo. Unas bocas peores que las del infierno, porque aquella mala es, pero traga solos los malos; mas las de estos tragan malos y buenos. Por mas santo que seais no os escaparéis de sus lenguas. ¡Qué contento estaba el santo profeta Jonás con la hiedra que le había hecho un toldo ó choza para defendelle del calor; ó segun otros dicen, era una mata de calabazas que se enredó y lo cubria, y hacia sombra con sus anchas hojas! Y en medio de su contento no faltó un gusanillo que royó la mata, y dejólo al sol, que le quemaba. No os ha de faltar una mala lengua que os abraza la honra y fama. Sentia tanto esto el buen David, que parece que tomaba el cielo con las manos en aquel salmo 119, que parece que no hubo cosa en la vida, ni persecucion de enemigo ni aprieto de batalla tan sangrienta, que así le hiciese dar voces y bramar, ni tan alcanzado le trajese como una mala lengua. Dice el salmo así:

SALMO CXIX.

Cuando mas fatigado
Me vi, llamé al Señor, y respondiome,
Que en mi mayor cuidado
Siempre acudió y valiome;
Que no hay pena en sus siervos que él no tome.
Dijele: Fuerte muro
Del alma que te llama en su defensa,
Sin quien, el mas seguro
Y mas libre de ofensa
Salta mas presto adonde menos piensa;
Libra aquesta alma mia
De los labios inicuos y la boca,
Do la ponzoña fria
Que el cuerpo y alma apoca,
Con la engañosa lengua hiere y toca.
Tú del gigante fiero,
Con una honda sola y un cayado
Me libraste; y de acero
El grande cuerpo armado,
Le derroqué, en su sangre revolcado.
Tú de los escuadrones
De bravos enemigos me libraste,
Y en bárbaras naciones
Con mi espada triunfaste,
Y en medio de las armas me guardaste.
Mas nunca tan medroso
Me vi jamás, en todo lo que cuento,
Como cuando el furioso
Enemigo sangriento
Con su lengua tocó mi sufrimiento. —
Pues deci, generoso
David, vos, que al león y oso fiero
En el monte fragoso
Quitastes el cordero,
Desquijarando al lobo carnicero;
Una engañosa lengua
¿Qué daño os puede hacer que os cause pena?
No os puede venir mengua,
Pues la palabra ajena
Es solo un eco que en el aire suena. —
Mal estáis en la cuenta,
Pues no hay robusto brazo que despida
La saeta sangrienta

Con furia desmedida,
Que haga mas estrago en alma y vida.
No hay encendida brasa,
Ni algun carbon de enebro en fragua ardiente,
Que al fuego en fuerza pasa,
Que abraza así el doliente
Leño como la lengua maldiciente.
La flecha mas aguda
La resiste un arnés y un flaco muro,
Y de la Hama cruda
Lo ausente está seguro;
Mas de una lengua no lo está el mas puro.
Que ni al santo perdona,
Ni al que descansa ya en la fria tierra;
Y al que en la ardiente zona
Huyendo se destierra,
Allí con su veneno le da guerra.
¡Ay me! que mi destierro,
Se alarga cada punto, y yo cativo,
Atado al duro hierro,
Estoy muriendo vivo
Entre los de Cedar, linaje esquivo.
Dura y larga vivienda
Ha tenido mi alma entre esta gente;
Que no hay quien los entienda,
Pues cuando mas paciente,
Menos quiere mi paz y la consiente.
Si de paz les hablaba,
Con la espada en la mano respondian;
Y si les enseñaba
El bien que no sabian,
De balde y sin razon me aborrecian.

Por la sentencia deste salmo se entenderá el mal que hace una mala lengua, que, como si á David le dijeran: Por cierto, pues no son lanzadas esas, que no son sino palabras; y siendo así, no hay por qué mostrar tanto sentimiento; porque, ¿qué os puede dar ni quitar una mala lengua? Responde en el cuarto verso: ¿Cómo decís que qué me puede hacer de mal? Bueno es eso; ¿y hay por ventura saeta tan aguda, despedida con tanta fuerza de algun robusto brazo del mas valiente parto? ¿Hay por dicha carbon de enebro encendido, que es el que con mayor estrago y fuerza quema, que tanto daño haga como una lengua venenosa? Porque á media legua estaré seguro de la flecha y del fuego, por mucho que sea; pero de una mala boca no lo estaré en el cielo al lado de Dios, ni en el infierno entre su fuego, ni en las entrañas de la ballena, sepultado en el abismo con Jonas; ni, al fin, habrá rincón tan escondido, ni círculo boreal tan helado, ni zona tan abrasada, ni montañas tan cerradas y sin paso, adonde una mala lengua no llegue y no halle puerta para entrar. Por esto pues, nuestro evangelista, como buen cortesano del cielo, calla el nombre desta pecadora; y lo que mas me espanta es, que el mismo, contando la desastrada muerte del rico gloton, ¿por qué había de decir él: *Mortuus est, et sepultus est in inferno*; que murió, y le dieron á la sepultura en lo mas hondo del infierno? Con ser así que nos le pintan condenado, no nos quiere descubrir su nombre. Y lo que tras esto me admira, es el gran cuidado que tuvo de que no se quedase en el tintero el nombre del mendigo pobrecito Lázaro, porque contaba alabanzas

suyas. Pero, ¿qué mucho, pues su gran maestro y nuestro, Cristo, con ser Dios, Señor de las honras y vidas, pudiendo usar de todo lo que crió como quisiere, la noche de la cena, habiéndole preguntado san Juan quién había de ser el traidor; cuando volvió la cabeza para descubrirlo á san Pedro se cayó dormido sobre el pecho de Cristo; que antes os habeis de caer muerto que descubrir el pecado de vuestro vecino. Así que, á esta no la nombra; tiempo vendrá que seguirá al Señor, y entonces le dará nombre; agora solo pide atención, que entra en la representación una pecadora. Y creo que la pide porque es gran obra la conversion de un pecador, y mayor que criar cielos y tierra, como dice mi padre san Agustín; porque al criar el mundo no hubo resistencia en las criaturas; y así, solo fué menester que de parte de Dios hubiese tanta fuerza, que llegase con ella, de no ser, á ser; de nada, á algo; mas en la conversion de un alma hay resistencia de parte del pecador, porque tiene la voluntad contraria á la de Dios. Y claro está que un hombre como Sanson mas fácilmente envainará una espada que pesara un quintal, que una culebra, que no pesa una libra. Porque para lo primero bastaba que su fuerza pudiese levantar el peso de un quintal; mas para lo segundo no bastaba eso, sino que era menester mucha maña y arte para desenroscar la culebra. Así es en la creación y conversion; parece que no le falta para ser el mayor de los milagros sino ser cada día. Mas milagro es que hacer de bueno bienaventurado, porque mayor distancia hay de malo á bueno que de bueno á bienaventurado. Pues que á un hombre encarnizado en sus pecados, sin torcello ni forzarle la voluntad, sin sacalla de los términos de libre, le vuelva á que quiera la que no queria, y desquiera lo que poco antes adoraba, esta es fuerza no menos que de Dios. Es el hombre tan libre, cerrero, es tan exento y tan sobre sí, tan señorejo de su querer, que puede no querer cuando Dios quiere. Y así, le puede ir á la mano á Dios y decille: Señor, estáos en vuestra gloria mucho en hora buena, que yo no quiero ir allá. Y por esto se llama «obra de la mano derecha de Dios», dice David. *Et dixi: nunc coepi: haec mutatio dexterarum excelsi*; Caí, dice, en la cuenta, y dije: «Ahora comienzo á seguir á Dios;» al fin bien parece esta mudanza que en mí siento obra de la mano del Altísimo. Todas las obras que Dios hizo, parece que las hizo con la izquierda, á quien se atribuyen las cosas menos perfetas, porque parece que le costaron poco y le quedó el brazo sano; mas la reparación del hombre, el redimir pecados, el justificar y salvar pecadores, aquí parece que se le cansó el brazo, y que lo puso todo de su casa. Digo que en lo primero le quedó el brazo sano, á nuestro estilo de hablar; porque el brazo ó virtud del Padre es el Verbo divino, y así nos le llama la Escritura en el salmo 97: *Cantate Domino canticum novum: quia mirabilia fecit. Salvavit sibi dexteram ejus: et brachium sanctum ejus. Notum fecit Dominus salutare suum: in conspectu gentium revelavit justitiam suam*. Es este salmo de la gloriosa resurrección de nuestro Principe; imaginalo

David la mañana de la resurreccion, que sale glorioso, resplandeciente, lleno de mil luces, mas hermoso que el sol, y que acaba de triunfar de muerte, infierno y pecado; y viéndole tan hermoso, convida á todo lo criado para que canten un nuevo canto, pues todo lo ha renovado en este dia, y dice :

SALMO XCVII.

Cantad con voz suave y dulce acento
Al Señor del ejército del cielo
Una nueva cancion, pues desde el suelo
Os ganó de la gloria el rico asiento.
Pensaba aquel cruel pueblo sangriento
Vencelle con romperle el mortal velo;
Mas salvóle su diestra, y quebró el hielo
Del pecado, y quedó de muerte exento.
Su santo brazo fué el todo y la parte
De tan famosa hazaña, que, cayendo,
Se levantó fuerte nuestro Anteo.
Solo tuvo sus fuerzas de su parte,
Su salud nos mostró en matar muriendo,
Y en ser por nuestro amor mostró el deseo.
De tí, gran corifeo,
Nos dice el Padre Dios que eres su diestra,
Su brazo, su salud, su gloria y nuestra.

De manera que Cristo es el brazo santo. En la creacion de las cosas quedóse el Verbo divino, este brazo santo, sano, no cansado; esto es, no le costó mas de un *hágase*, y se hizo todo. Pero en la reparacion, en la justificacion, hubo de venir la «diestra de Dios», que es el Hijo, y hízose hombre, y encogió la manga para descubrir la vena del brazo, de donde le sangrasen, que fué recoger hácia arriba, que es al alma, la ropa de la gloria, para que quedase pasible, y se dijese que muere Dios, que sufre azotes Dios, que padece Dios; pues, como era el Hijo, el cual se dice «diestra del Padre», y en la justificacion del pecador concurre la sangre y muerte y méritos suyos, con los cuales nos ganó la justicia que no teniamos, segun aquello del Apóstol: *Factus est nobis à Deo justitia, sanctificatio, et redemptio*; Cristo, dice san Pablo, se hizo nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion; esto es, mereció para nosotros todo esto, porque el principio de nuestra justificacion es de Dios, que nos justifica; por esto se llama la conversion «obra de la derecha de Dios», de Cristo; y aqui decimos que parece que se cansó y que le costó sudor de sangre, como dice san Juan en el capítulo 4.º, que, fatigado del camino, se asentó, por descansar, sobre el brocal de un pozo. Y en la Pasion decimos, hablando conforme á la metáfora de arriba, que no le quedó tan sano el brazo deste golpe como del de la creacion; no porque el Verbo divino haya padecido algun detrimento, que esto no podia ser, mas porque padecía Cristo segun la humanidad, y él era Dios y brazo del Padre; por eso lo que decimos de Cristo lo decimos tambien de Dios. Volvamos agora á nuestro Evangelio, que dice que habia una mujer pecadora.

§. V.

Cuatro cosas agravan los pecados de la Madalena: la primera, que eran pecados de sensualidad, que, aunque no son de mayor culpa, son de mayor afrenta; y aun si miramos, son pecados que Dios castiga gravísimamente. Por estos vino el diluvio: *Videntes filii Dei filias hominum, quòd essent pulchrae, acceperunt sibi uxores ex omnibus, quas elegerant*, dice la sagrada Escritura; Viendo los hijos de Set, que son los que aqui llama hijos de Dios, á las hijas de los hombres, esto es, las que descendian de Cain; y los de Set se dicen hijos de Dios, porque eran en quien entonces estaba el conocimiento de Dios; porque en el capítulo 4.º se dice que Set engendró á Enós: *Iste coepit invocare nomen Domini*; que este comenzó á llamar el nombre del Señor, alumbrado de aquel sol eterno de Dios, de quien dice David: *Illuminans Tu mirabiliter à montibus aeternis: turbati sunt omnes insipientes corde*; Alumbrando Vos, que sois luz no criada, y resplandeciendo maravillosamente, desde esos montes eternos, de allá desde el cielo, con la fuerza de vuestro soberano resplandor, con que dáades luz á los mortales, encandiláronse con ella los ojos de los necios de corazon, que fueron aquellos tan celebrados sabios del mundo, los filósofos antiguos. Y dijolo galanamente en llamarlos «necios de corazon», y no de entendimiento; porque el asiento de la voluntad y reino y silla del amor le ponemos en el corazon, y la ciencia en el entendimiento; pues llamarlos «ciegos de corazon», es decirlos ciegos ó necios de voluntad. Y que sea bien dicho de aquellos, pruébalo san Pablo, hablando de los sabios del mundo, y dice: «Lo que de Dios se puede conocer acá en la vida, les fué á ellos manifesto, y el mismo Dios se les descubrió.» Porque lo que en Dios invisible no veian, lo conocian por esta hermosura visible del mundo, de suerte que son inexcusables, porque conociendo á Dios, no le dieron gloria cual merece Dios, ni le hicieron gracias por aquella luz con que los alumbraba entre sus tinieblas. Hé aqui cómo no fueron «necios de entendimiento». Pasa adelante el Apóstol, exponiendo lo de David, y dice: *Sed obscuratum est insipientes cor eorum: dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt*; Pero quedó ciego y encandilado su necio corazon; y creyendo que eran sabios, quedaron para necios. De manera que porque los hijos de Set tenian esta luz del conocimiento celestial, los llama la Escritura «hijos de Dios»; á los de Cain, malos y idólatras, «hijos de los hombres».

§. VI.

De suerte que, porque Set engendró á Enós, que fué bueno y santo, y sus descendientes le imitaron, por eso los llama la Escritura hijos de Dios. Dicen los hebreos que en tiempo de Enós comenzó la idolatría y adoracion de los dioses fingidos, y que solo Enós retuvo en sí y en sus descendientes el verdadero culto de Dios, heredado de sus padres, y restauró y reparó la

piEDAD que los descendientes de Cain habian derrocado. En esto de quién fué el primer inventor de los ídolos hay diversas opiniones: los hebreos dicen que Tubal Cain, porque fué muy ingenioso en cosas de metal, y porque esto le parece á Filon que debió de ser así verdad, y lo afirma en el libro de las *Antigüedades de la Biblia*, y lo mismo piensa Genebrardo en su *Cronografía*; y san Cirilo en el libro 1.º *Contra Juliano* y la *Historia escolástica* tienen lo contrario; Lactancio Firmiano dice que Meliso, rey de Creta, la inventó; san Jerónimo mas cree que Júpiter la introdujo, y que se mandó hacer templos por el mundo, donde fuese adorado; así lo dice en el prólogo sobre la epístola de san Pablo á Tito. Fulgencio y otros dicen que Sirofanes, egipcio, inventó el primer ídolo del mundo por memoria de su hijo, que se le habia muerto; y esta opinion tiene gran fundamento en el capítulo 14 del libro de la *Sabiduría*, donde á la letra cuenta que por habersele muerto á alguno su hijo, que mucho amaba, y siendo hombre principal, hizo hacer una estatua que se le pareciese, y mandó á sus criados que le sacrificasen y lo honrasen como á dios; y que, creciendo la maldad y la malicia de los hombres, vinieron muchos á dar en aquel desatino y hacer estatuas de sus reyes, y á lisonjearlos y granjear su favor con ofrecelles incienso y sacrificios; y así, concluye diciendo: *Et haec fuit vitae humanae deceptio*; Este fué el engaño de la vida humana. De donde casi se colige claramente que de allí tomó principio la idolatría; y en el mismo capítulo da á entender que antes del diluvio no habia ídolos ni idolatría. Y si el gran averiguador de verdades divinas, san Jerónimo, no dió en esto, pienso que fué porque en su tiempo aun no estaba recibido el libro de la *Sabiduría*, donde se cuenta lo que habemos dicho. Tambien favorece mucho á los que dicen que Belo, rey de Babilonia, la inventó, el ver que en la Escritura santa todos los nombres de los ídolos comienzan por Bel ó Baal. Mas, dejado esto, si es verdad que desde Adán á Enós no hubo cultos de demonios, como lo dice san Cirilo en el principio del libro 1.º *Contra Juliano*, porque no vemos que en la Escritura sea notado alguno de idólatra ni que haya jamás adorado á los demonios (que pienso que no lo pasara en silencio el Espíritu Santo si hubieran sido idólatras), siendo todos católicos, como dice la Escritura que Enós fué el que comenzó á invocar el nombre de Dios, pienso que debió de establecer algun culto de Dios mas solemne que el que hasta allí se tenia entre los hombres. De suerte que la Escritura sagrada usa de una galana antítesis y contraposicion en el capítulo 4.º del *Génesis*, contraponiendo los hijos y casta de Cain á la de Set; porque, cuando cuenta que los de Cain se ocupaban en formar armas, labrar metales, edificar casas, y en casarse y darse á músicas y buscar pasatiempos, entonces cuenta y pone en contra de toda esta flota á Enós, el cual puso tanto cuidado en ampliar el culto divino, dándose á religion y al ejercicio de las cosas sagradas, cuanto pusieron los otros en las cosas caducas, y buscó un culto mas solemne, levantan-

do el ánimo á mas sublime vida; de suerte que buscaba las cosas útiles para la vida del cielo, cuando los de Cain buscaban las provechosas para la de la tierra. En hebreo se lee así: *Hic speravit vocari nomine Domini Dei*; Este esperó ser llamado con el nombre ó en el nombre del Señor Dios. Y Aquila en su traduccion dice: Entonces este comenzó el llamamiento en nombre del Señor. Que parece que da á entender que Enós, con su mucha piedad y por su gran religion, fué el primero que alcanzó nombre divino; de suerte que fuese llamado dios de sus parientes y de otros muchos, y sus hijos se nombrasen hijos de Dios; como quien dice, los descendientes de aquel famoso Enós, que era como un dios entre los hombres. Hé aqui por qué dice: «Viendo los hijos de Dios á las hijas de los hombres;» esto es, viendo los hijos de Set y Enós á las hijas de Cain, que eran hermosas. Dejo que (segun otros) los que dice hijos de Dios son los grandes y poderosos, que entonces tiranizaban y mandaban la tierra; porque las cosas grandes las atribuimos á Dios, llevados y guiados de la fuerza de su divinidad, que nos mueve á que pensemos cosas grandes de Dios; y así, todo lo que vemos grande lo llamamos y atribuimos á Dios; y la sagrada Escritura guarda esto mismo, porque se acomoda á nuestro lenguaje. Y así, David á los cedros, porque son altísimos, los llama cedros de Dios. Hablando de su pueblo debajo de la metáfora de la viña que trasplantó de Egipto, dice: *Operuit montes umbra ejus, et arbusta ejus cedros Dei*; Creció tanto mi viña, que con sus hojas cubria de sombra los montes, y sus cepas y pámpanos vencian en altura los empinados cedros. Y en otro salmo: «El monte del Señor Dios es monte fértil, monte grueso, de abundantes pastos;» porque, como habla del monte Basan, donde se apacentaba mucho ganado, y por esto se hacian muchos quesos, y como se hace de leche cuajada y apretada, llamóle *coagulatus*, apretado ó cuajado. San Jerónimo traduce monte excelso, encumbrado, y por esta razon le llama monte de Dios; y así, en lo hebreo hay una dicion que significa alto. Tambien á los grandes rios llama rios de Dios: *Flumen Dei repletum est aquis*; El rio de Dios se hinchió de aguas, y era el Jordan; aunque tambien por los milagros que Dios obró en él le llama *suyo*. Hinchióse de aguas cuando al pasar de los de Israel por él para entrar en la tierra de promision, entrando los sacerdotes delante con el arca del Señor, se dividieron las aguas; y las que venian por su natural corriente, detenidas con la presencia de Dios, hacian un muro altísimo, que con su movable curso amenazaban y espantaban á quien las veia. Así que, porque las cosas grandes se llaman de Dios, como habemos probado, por esto los hombres poderosos y de grandes estados, y aun aquellos que en aquel tiempo eran gigantes, se llamaban hijos de Dios, y á los flacos y de poco poder los llama hijos de hombres. Vieron pues estos á las hijas de los pobres, y por fuerza, por ser poderosos, se las quitaban y se envidiaaban con ellas, porque eran hermosas; ó segun el sentido primero, viendo los buenos y que conocian á Dios